

FOCUS,  
ONCE PAISAJES PARA EROS

Inés Matute



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

## DIAGNOSTICAR POR LOS SÍNTOMAS

Juan Luis Calbarro

Conocí a Inés Matute hace algunos años. Ella, bilbaína que vive ya hace mucho en Palma, dirigía una estupenda revista de literatura y arte en línea, y yo había aterrizado en Mallorca hacía algún tiempo con mis escritos debajo del brazo. Nuestra amistad, que empezó con mi colaboración en *Luke*, se ha ido extendiendo progresivamente a sus libros, a los míos, a los *últimos jueves* de Toni Rigo en Literanta, al tapeo, a salir juntos en una antología de Román Piña y, con permiso de Malene y Joaquín, a la confidencia. Hace tiempo ya que me he resignado a dejarme arrollar por la vitalidad de Inés, que parece inagotable y es un excelente estímulo. Ahora me dejo arrollar una vez más y con gran placer por el tren narrativo de su «*Focus, once paisajes para Eros*».

Queda muy claro desde el título de este volumen: mucho más importante que el amor y el sexo en sus diversas facetas es *su paisaje*, o sea, todo eso que los rodea e impide que constituyan una experiencia pura y unívoca, al estilo romántico. Inés Matute ya había demostrado en *Autorretrato con isla* (Tegueste: Baile del Sol, 2007) ser conocedora del carácter esencialmente relacional y, por tanto, conflictivo de la naturaleza humana. El amor no puede escapar a ese esquema problemático y delimitado por infinitas aristas, algunas de ellas ocultas a nuestro entender y la mayor parte de las

veces dolorosas y perfectamente ajenas a la concepción edulcorada que tanto han cultivado la literatura y el cine. Del padre Fulgencio, uno de los personajes que habitan el libro, es la sabia afirmación que sigue: «Los tipos puros no existen. No hay hombres fuertes y hombres débiles: hay diferentes maneras de combinar la fuerza con la propia debilidad».

Que Matute es una escritora de raza lo demuestran el humor que destilan sus relatos y que suele cuajar en inteligente ironía e incluso en sarcasmo, de acuerdo con una visión de la vida alejada de la ingenuidad o el idealismo; su cosmopolitismo, que permite que ningún contexto geográfico, cultural, sexual o profesional sea ajeno a su interés narrador; y la apertura tanto a los cuentos que respetan los límites de la realidad posible como a aquellos que, por su contenido fantástico u onírico, exigen un saludable reacomodo de la imaginación lectora. El relato parece ser siempre un reto para Matute, y en esto se nota la calidad de los narradores orgullosos.

Así, encontraremos en el libro relatos de intriga; y, tratándose de Matute, esa intriga será de carácter eminentemente psicológico. En «Trabajo de abejas» comprobamos la confusa condición de un amor rechazado; una imagen como «siento que el corazón se me abre y de su interior sale un sapo» expresa el doloroso atolladero personal que supone un amor culpable pero imposible de contener. En «Rojo y picante» se explora, con total desenvoltura y desde una voz políticamente incorrecta, el papel que los recuerdos desempeñan en la identidad de las personas, y hasta qué punto la desmemoria es un estado temido y deseado al mismo tiempo. «Floraciones» indaga de nuevo en las posibilidades del juego de los indicios y de los desenlaces inesperados; las menciones recurrentes a Agatha Christie no son casuales en esta historia de celos, dudas y amor propio por encima de las convenciones éticas.

«Torres gemelas» aprovecha el impacto de un acontecimiento que ha marcado a las generaciones presentes —y que conforma ya una de las metáforas de nuestro tiempo— para glosar cierta moda-

lidad del amor que sólo en apariencia se aparta de la convención romántica, pero que abunda en este caso en la abnegación, en la dignidad y en la persistencia más allá de la enfermedad y la muerte. «Un lindo capullo», por su lado, desmitifica el contemporáneo mundo del sexo por Internet. La complejidad de las relaciones convencionales (el engaño, los complejos, los miedos, la corrección social) se traslada al mundo virtual, y los detalles cómicos no impiden que la reflexión sobre la incomunicación y el aislamiento nos deje un regusto amargo.

«Impar en Lannemezan» es la sorprendente historia de una mujer solitaria que busca el deseo perdido en un rincón de los Altos Pirineos, y para ello no dudará en seducir a todo aquel que se cruce en su camino; «Boda con panteras» es una melancólica ventana sobre la ambigüedad, los celos y los amores descompensados; «¡Películera!» deja constancia de que el amor y el odio están más cerca el uno del otro de lo que a veces suponemos. En el terreno fantástico, «Firmado en las nubes» presenta a la muerte como una hembra engañosamente deseable. «Efecto dominó» constituye una narración espléndida, de una precisión y una ternura incalculables, expresión de una feminidad sorprendente y muy reveladora. «Asaltacamás», por último, es una divertida fábula en que dos amantes en busca de una cama que se les niega reiteradamente se dan paradójicas y sucesivas citas con una serie de personajes de la literatura y el arte universales. El nexo de unión entre ellos es su encadenamiento a una cama (voluntario o determinado por la enfermedad física o mental), que desliza así la materia erótica en el ámbito del desencanto vital.

Son múltiples aspectos del amor, todos ellos instalados en la dificultad de proporcionar al mismo un cauce estable, sereno, reconocible, inequívoco, fluido o equilibrado. Este libro de Inés Maturte deviene, así, diagnóstico acertadísimo de una dolencia que en el fondo conocíamos pero que, anclados aún en convenciones amorosas del siglo XIX, no nos atrevíamos a declarar en voz alta. Dada la intrínseca imposibilidad de un discurso coherente sobre el amor

o desde el amor, parecen proponer estos cuentos, abordemos sus circunstancias. Lo cual es, creo yo, un magnífico punto de vista narrativo y, narraciones aparte, prueba de considerable inteligencia.

Palma de Mallorca, mayo de 2009

*Pero, meditando un poco más sobre estas recurrentes caídas, estos esquinazos que voy dándole al destino con la misma repetida torpeza, caigo en la cuenta, de repente, que a mi lado ha ido desfilando otra vida. Una vida que pasó a mi vera y no lo supe. Allí está, allí sigue, hecha de la suma de todos los momentos en que deseché ese recodo del camino, en que prescindí de esa otra posible salida, y así se ha ido formando la ciega corriente de otro destino que hubiera sido el mío y que, en cierta forma, sigue siéndolo allá, en esa otra orilla en la que jamás he estado y que corre paralela a mi jornada cotidiana. Aquella me es ajena, y, sin embargo, arrastra todos mis sueños, quimeras, proyectos, decisiones que son tan mías como este desasosiego presente y que hubieran podido conformar la materia de una historia que ahora transcurre en el limbo de lo contingente. Una historia igual quizá a esta que me atañe, pero llena de todo lo que aquí no fue, pero allá sigue siendo, formándose, corriendo a mi vera como una sangre fantasmal que me nombra y, sin embargo, nada sabe de mí.*

Álvaro Mutis

*Empresas y tribulaciones de Magroll el Gaviero*



## TRABAJO DE ABEJAS

No es una niña ni una flor, pero tampoco una señorita. En realidad no hay palabra justa que la abarque y la defina, aunque digo yo que podríamos llamarla cualquier cosa. Ella, mi larvita, es una rubia verdadera, no como esas rubias de peluquería que parece que han metido el pelo en lejía y se les ha vuelto nidal de estopa. El cabello de la pequeña es un rayito de sol cautivo, ámbar viejo y trabajo de abejas. Las que la imitan sólo son rubias de mentira, conejas de piscina con el pelo frito de cloro y otras ponzoñas. Cuando la bruja que tiene por madre la viste de rojo, parece un coágulo móvil, si de blanco una serpentina al viento, y cuando la pone el pichi azul, un bonito nomeolvides. Cuando mi cosita sonrío, a Dios y a los Santos todo les parece bien, incluso el infierno, el sida y la cola del paro. Se llama Margarita.

Ahora mismo estoy sentado en la mesa del fondo del bar Goa, un pequeño bar de barrio, en la periferia. Los vejestorios habituales juegan al dominó, a las damas o a la brisca. En las paredes hay carteles en los que pone «Se venden gusanos», y a mí eso siempre me ha chocado, pues que yo sepa por aquí no hay pesca que merezca el esfuerzo de remojar al bicho. El Goa no es un sitio bonito, pero desde mi mesa veo el parque, los árboles que emergen sobre islotes de un verde arrepentido, y con eso me basta para darme cuerda un rato y marear la perdiz hasta que caigan las sombras.

Margarita suele llegar pasadas las cinco, de la mano de la arpía, mientras yo apuro el segundo coñac de la tarde. Su madre es una mujer odiosa que hasta hace poco era una real hembra que iba por ahí cosiendo el asfalto a taconazos. Hasta las hojas se caían de los árboles a su paso. Bien mirado, mi vida no es mejor ni peor que la del resto de los parroquianos. Supongo que la vivo tirando del hilo, sin hacer ruido, subrayando anuncios. «*Se buscan inútiles sin referencias*»: Ese es mi nicho. Pese a todo, no me quejo, pues ya va para dos meses que salí del mako.

Sin pensármelo dos veces, levanto el índice y pido otro trago mientras busco a mi tesoro en el verde del parque, entre las viejas del mandilón churreto y el sauce llorica. Nada, cuatro colegialas y una asistenta que pasea un chucho con cara de boxeador derrotado. Debería llamarse Urtain, o mejor aún, Rocky Marciano. Aburrido de la luz de la calle, bajo los ojos a mi regazo; ahí está el globo de ámbar en el que enjuago mi mal fario. Coñac o vino, tanto monta, el chupetín de los marginados. A mi espalda, el carrusel de una tragaperras con ganas de marcha. ¿Y qué? A mí la suerte jamás me tendió la mano. Por eso estoy aquí, sonriendo a un camarero viejo y mirándola a través de la ventana. La distancia que me separa de Margarita siempre es la misma, así haga frío o un calor de justicia. Entre ella y yo hay un desierto, el mismo cada tarde, pero tendría que estar loco para mirar a otro sitio, para apartar los ojos de mi princesita. Damián, el camarero, me observa con cara de alcahueta. A Damián le faltan tres piños, y cuando ríe, que ya es raro, se le pone la misma jeta del diablo.

—¿Qué, viene o no viene?

—Ni sombra

—Y tú, ¿cómo lo llevas?

—Aquí estoy, ya ves, inútil como aguja sin hilo

A Damián le da por enrollarse, por contarme lo de las oposiciones del hijo. Y también lo de la chavala, que lava cabezas en una peluquería del Multicentro. Él la llama «champunier», porque es más fino y da categoría. A mí me la sopla, sobra decirlo, pero atiende y



cabeceo como un muñeco con el muelle del pescuezo flojo. De tanto en tanto, vuelvo la vista a las niñas. Las más pequeñas traen cubos y palas, moldes de plástico para hacer castillos. Hoy apenas hay niños, sólo dos manguis que miran a su alrededor y gesticulan señalando hacia la casita. Casi me alegro de que Margarita esté en otro sitio. Lejos. A salvo de esa gentuza, que nunca trae nada bueno.

Intentando despistar a Damián, voy al baño a lavarme las manos. El pestazo del trapo con el que fregó la mesa me ha puesto malo.

—¿Qué, andas revuelto? Mucho viaje te traes al retrete pa' nada bueno.

—Ya te digo...

—¡Ay, chaval! —Resopla el viejo—. A ti Dios no te pone a prueba. A ti te mastica.

La niña sigue sin venir y yo me estoy deprimiendo. Venga, ¿Quién dijo que yo no tengo sentimientos? Tengo tantos como un actor o una fulana. Y los tengo todos dentro, por eso soy un borracho llorón que se consuela mirando a Margarita, porque ella es lo más puro y lo más bonito, no hay más que verla. Cuando la veo jugar con otras niñas me vienen a la cabeza cosas que no me vienen en ningún otro momento, cosas como que cuando ríe siento hormigas en la nuca, o que su boca es el cremadillo más dulce o que sus ojos son ultramarinos. Ese tipo de cosas. Chuminadas, supongo, pero a veces me entran ganas de escribirlas. Por si un día de estos me lleva la calva de la guadaña. Por eso hoy, cuando me he encontrado una Parker sobre la mesa, lo he intentado en plan poeta: “Quiero besarte en rincones cuya existencia desconoces” pero ahí me he quedado seco. Y es que las rimas no son lo mío.

#### EN OTRO MOMENTO

La luz no es del todo buena, pero yo la veo bajar por el tobogán y siento que el corazón se abre y de su interior me sale un sapo. Estoy excitado, sobra decirlo, la erección es de campeonato. Debe-

ría estar prohibido que las niñas se despatarrasen de esa manera. Supongo que algunas son un poco guarras, por naturaleza.

—Qué, ¿cómo va la cosa?

—Tirando.

—Tirando a chungo, mejor dicho. Qué, ¿conoces el chiste de los dos gallegos que suben al Kilimanjaro?

Damián se troncha de risa, yo no le veo la gracia, pero seguramente traigo el día torcido. En vista del poco éxito, el viejo vuelve a la carga.

—Dice el jefe que vamos a cambiar las ventanas. Carpintería de aluminio, que es más moderna y sale bastante barata.

—¿Y eso?

Damián apunta en dirección a los de la timba con el canto de la bandeja.

—Los abuelos, que dicen que se les cuele el frío, ya ves lo que te digo. Los muy carcamales tienen el frío metido en los huesos.

*Los abuelos*, dice. Él mismo tiene edad para ser mi bisabuelo o el mismísimo presidente de la comunidad de vecinos, que tiene cien años y los que no le cuento porque me faltan matemáticas. Allá va la nena de nuevo, con las rodillas pegaditas, luego entreabiertas, y tres palmos antes de besar el suelo, completamente separadas. Como un tijeretazo.

Admito que lo he pensado. Podría ponerme un sombrero de ala caída y calármelo mucho, y comprar maíz y cebar a las palomas. Pero la madre se daría cuenta y acabaría llamando a un guardia. Dicen que paseo unos andares inconfundibles, que tengo el tumbao de los chuletas. La madre. ¡Menuda bruja! Ella no es como las demás, que hacen corrillo y se olvidan de todo por comentar de la tele; las manos sobre el regazo y la sonrisa hueca con olor a chicle mentolado. Ella no, ella se sienta sola sin cruzar palabra ni con su sombra. Más tarde, cuando se cansa de hacer el pasmarote, se pone unos auriculares y sigue el ritmo de la música con la punta del zapato. A veces sonrío, y cuando se descuida, le veo el pico de la braga.



Allá vamos. Margarita sube los escalones del tobogán un poco torpe, pues la escalera es muy alta y ella tiene las piernas cortitas. Vamos, vamos... La entrepierna de Margarita es un precipicio rosa, una borrachera de Anís del Mono sin lágrimas ni resaca. Supongo que en el fondo estoy un poco obsesionado, sino no estaría aquí, pensando en su flor de frambuesa. Pero ese es su secreto, y los secretos es mejor ni mentarlos. Ni para hacer rimas ni para nada. Una vez me acerqué a la niña y le dije; «¿Qué, sabes guardar un secreto?», y ella asintió con la cabecita. «Pues yo también», le respondí, y me marché tan fresco, pensando en el felpudo de su madre, negro bajo las bragas de lycra rosa.

#### ANOCHECIENDO

Hay un tipo que no le quita ojo, un julai con cara de besugo hervido. Seguro que su cerebro es puré de mierda pornográfica. Y la Katy sin enterarse, idiotizada con el Sony, en el retrete de Babia. Hay días que me entran ganas de estrangularla, pero las manos no me responden. Templanza, chaval, templanza. Entonces vuelvo a mi globo dorado, cuento hasta mil y sigo con los ojos el vuelo de las moscas.

Ahí sigue ese capullo. Y yo con mi comecome. Para mí que es un tarado menorero, un sucio vicioso con más gusa que un separado sin abrelatas. Paso una hora observándole. Margarita ni siquiera repara en él, ella va a lo suyo. Es como si mirase a través de él, como si no existiese. A mí también me lo hace, algunas veces. Para cuando quiere salir la luna, en mi cabeza almaceno una galaxia. Niñas, toboganes, botellas, bugas grandes como portaviones, la sonrisa pánfila de los lamas. En este momento están encendiendo las farolas de la plaza, pero yo me quedaré aquí, en mi Bora Bora Goa Goa, con mi tarde perdida y una copa de veneno entre las manos.

## MÁS TARDE

El mirón no se la toca, le he estado observando. Los que se la menean suelen llevar un periódico o una gabardina larga con los forros de los bolsillos descosidos. Tampoco parece que diga guarradas. Algunos suelen hacerlo. Este no. Por si acaso me había traído unos caramelos, por si no lo veía claro y me arrancaba a preguntarle a la niña. Había pensado llevarla a la caseta, con el rollo de los chuches, y preguntarle si el muy cerdo la había molestado. También podría decirle a la Caty que se anduviera al quite, pero no me haría caso. Al final se ha dado el piro a las siete. Ahora no sé qué hacer con los Sugus. Se los daré a Damián, que es legal, para su chavala.

## NOCHE

Le he dado. Le he dado hasta hartarme. Le he seguido desde el parque y le he pillado en la rampa de un garaje. Mientras le arreaba casi me mareo, pedo como iba y con aquella peste a meados. La gente va a mear a esa rampa, porque es discreta. Los sábados a la noche también van a echar polvos, lo sabe todo el barrio, luego lo dejan todo sembrado de gomas. El caso es que le he dejado hecho un trapo, sangrando por las narices. Ni siquiera se ha defendido, ni una miserable patada. Se limitaba a mirarme con una de esas miradas que uno sólo espera encontrar en el espejo de Año Nuevo. Le he gritado que se busque una mujerzuela, que en el mundo sobran tipas que te lo hacen por cuatro chavos, aunque sé que lo suyo es otra cosa, otro tipo de cuelgue. Un poco como el mío, que sólo la ve a ella y que teme por el día en que se abra como una flor y le despunten las tetas, y dibuje su primera picha en el margen de un cuaderno. No sé, a veces me gustaría borrarla del mapa, sólo para que no crezca y se me pierda.



## SÁBADO

Hoy es sábado y no toca parque, pero seguro que esas dos cogen el bus y se lo montan en plan guapo. He pasado toda la mañana sujetando la esquina de la tienda de bicis, sudando como un cerdo bajo un sol de justicia. Luego me he ido donde Damián y le he pedido un agua.

—«Si el agua estropea los caminos, qué no hará con los intestinos»... ¿Estás seguro?

—Que sí, joder, dame un botellín.

—¿No estarás malo? ¿Te estás metiendo algo?

—Estoy bien —le interrumpo mosca— tú ponme el agua. Y un bocata.

Al segundo mordisco las he visto salir en dirección a la parada, pero no la parada normal, sino la del Delfinarium. Con el carrerón casi echo los bofes, pero al final he pillado asiento al lado de una alemana. La Caty no me ha visto, pues me he emboscado entre los guiris. Alguien me contó que en el Delfinarium hay un show de focas y otro de papagayos, tonterías para el turismo, como los Acuacitis y El Botanicactus. La nena viene hoy muy bonita, con un vestido azul y blanco, como de marinera, y unas medias rojas que se le enroscan en las canillas. Lleva un sombrero de paja, y un bolsito de chica grande, en bandolera. Cuando la miro desde atrás, las puntas de la melena le brillan como soles. La Caty también está guapa, hoy va marcando prieto, parece un culo empaquetado. Es curioso, pero, a veces tengo la impresión de que mi vida no es otra cosa que ir detrás de ellas, como si fuera su coche escoba. De camino pasamos por el asilo, el Buen Descanso, le dicen. Es un asilo tan chungo que si tus viejos no se mueren antes de dos meses te devuelven hasta el último céntimo. Luego hemos visto el mar, como una cinta azul por detrás de los apartamentos. Llegamos.

La entrada a Marineland me cuesta una pasta, casi dos talegos, pero hoy la doy por bien empleada. Antes de que comience el show, descubro que ya estoy harto del griterío de los altavoces, de los codazos de los guiris que todo lo filman con sus minúsculas cámaras japonesas, del olor a alpiste y a piscina vieja, no como esas de riñón con olor a Chaneles que dicen que tienen los ricos. Salen las focas y montan su numerito. Luego los monitores hacen un par de saltos, muchos «oh» y «ah» en las gradas. La niña aplaude contenta, eso me gusta. La Caty come pipas y tira las cáscaras al suelo, la muy cochina. Ahora salen los delfines, piden voluntarios para la próxima charlotada. El público no entiende nada, pero uno de los monitores arrima una Zodiac a la piscina. Los delfines remolcarán a un niño; la Caty no se lo piensa, dado que siempre le ha gustado tener los focos encima. Para cuando quiero darme cuenta, ya está Margarita subida en la gomona, todo sonrisas y pelo de oro, bonita y valiente como un personaje de cuento. Los delfines saltan al frente, se tensa la cuerda que les une a la Zodiac. Margarita sale a toda pastilla, se agarra a los bordes de la barca y grita. El agua entra en la barca, moja su vestidito. La saca un chico con traje de goma negra, los llaman neoprenos. Luego, veo su manita blanca sobre la enorme mano del nadador y siento cómo se hunde en mí el despiadado puñal de los celos.

El público aplaude a la niña, ella hace una reverencia con la tela de algodón pegada a las nalgas. A lo mejor tiene alma de artista, pero eso a mí me da igual. Me la suda.

Los monitores hacen señas a la Caty, parece que la van a secar en los vestuarios. Ella mueve la cabeza, asiente, luego se inclina y se vuelve a sentar en las gradas fardando de muslos sin grasa. Más pipas. A lo lejos, oigo estornudar a Margarita.

¡Esta es la mía!. Saco la petaca, le pego dos tragos que me saben a agua bendita. No hace falta explicar que mi corazón galopa con el sapo que vive allá dentro hecho un cafre. Un beso, sólo quiero un beso, nada más y nada menos. Aunque por ese beso tenga que quemarme en el infierno. Aunque sea mi pasaporte al trullo, de por vida.

Para allá que me voy, que a mí me gusta meterme hasta en los charcos.

Alcanzo la entrada trasera pasando por detrás de la gente, incordiando un poco, apenas nada. Cuando quiero soy sigiloso como un gato.

Llego a los vestuarios, que huelen a cloro y a lejía de fregar manicomios. Una de las chicas, con el secador en la mano, repasa el vestido de la niña. Margarita está a su lado, caladita como un pollo, en bragas. La chica parece simpática, sonrío con todos los dientes y arquea mucho las cejas. Algo le dice Margarita; desde aquí veo cómo mueve los labios. Mi cuerpo tiembla como una hoja, pero no hay tiempo para titubeos. Avanzo al frente con paso firme, las dos miradas ahí, la de la chica del secador y la de la niña. Asombro, extrañeza, tal vez miedo, no sabría decirlo. Entonces abrazo a Margarita y la aprieto contra mi pecho. Seguro que la rubia del secador piensa que me estoy pasando muchos pueblos. Margarita patatea, me da golpes con los puños, pedalea al aire. Yo le busco la boca. Un beso, sólo un beso, eso es todo lo que quiero.

Sus braguitas mojadas empapan mi camiseta. A mis espaldas oigo la bulla, el secador que se apaga, los alaridos de la cuidadora, pasos apresurados. Antes de lo que tardo en contarle me sujetan y me reducen. Cuatro neoprenos, ocho brazos, también un puñetazo que lo vuelve todo negro y me catapulta al limbo de los necios.

Estoy inmovilizado, estoy en el suelo; la Caty, que parece una leona, me clava los tacones en las costillas. Todo esto me la suda, todo esto no es nada. Lo que me duele es ver a Margarita llorando, mirándome como se le mira a un perro sarnoso.

Eso es lo único que tiene mío, ella que está tan vacía de mis rasgos; los ojos. Los ojos.

Los ojos de mi hija.

La mirada de esos ojos es lo único que me llevaré al mako.